



DR. PORFIRIO PARBA.

— 513 JUN 14 1912.

Tomo VII. Tercera Serie.

Número 7.

Julio de 1912.

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA DE MÉXICO.

El día 5 de Julio de 1912, á las 7 a. m.

MURIÓ EN ESTA CAPITAL

EL DOCTOR

PORFIRIO PARRA,

MIEMBRO TITULAR

DE LA

ACADEMIA N. DE MEDICINA

DESDE EL 12 DE MAYO DEL AÑO 1888

Y

Presidente de la Sección de Fisiología.

D. E. P.

EL DR. PORFIRIO PARRA.

Una vez más la naturaleza inexorable en el cumplimiento de las leyes que rigen todos sus fenómenos, ha traído el luto al seno de la Academia Nacional de Medicina, segando la vida del vigoroso intelectual, del sabio médico, del genial filósofo, Dr. Don Porfirio Parra. Su cuerpo inerte descendió a la tumba para sufrir allí las transformaciones químicas que la vida de otros seres exigen y, materia inmortal, pasará al humus, al aire, a otros animales o a plantas, para seguir una interminable cadena de cambios, en los cuales, no por muy sabido, es menos admirable, que varias de sus moléculas llegarán a formar parte de otros seres humanos.

Mas no es ello todo lo que el ilustre obrero de la ciencia lega al porvenir. En el incesante metabolismo de lo que se llamó su vida, desarrolló gran cantidad de energía nerviosa que se manifestó en escritos, en oraciones públicas, en cátedras magistralmente desempeñadas y muy principalmente en su obra que denominó "Nuevo Sistema de Lógica inductiva y deductiva." Fué en los estudios filosóficos en los que brilló su inteligencia más intensamente, habiendo comenzado a distinguirse en ellos desde muy temprana edad.

Llegado que hubo de su Estado natal, Chihuahua, en donde había cursado ya la mayor parte de las ciencias dentro de la escuela metafísica que en su tiempo dominaba con soberanía indisputable en casi todos los espíritus, tuvo la fortuna, que no fué tan propicia para los que le seguimos, de escuchar al insigne filósofo Gabino Barrera en la Escuela Nacional Preparatoria, y los dos cerebros privilegiados, el del ilustre maestro y el del genial discípulo, hechos para comprenderse, vibraron uniformemente estableciéndose una corriente de actividad de aquella fuente de sabiduría que el Gran Benito Juárez escogiera para completar su obra inmortal de libertad, hacia el joven alumno que llegaba a contemplar los fenómenos de la naturaleza alumbrados por nueva y desconocida luz que lo haría exclamar como el poeta latino *¡Felix qui potuit rerum cognoscere causas!*

En esta época se llevó a cabo en el Sr. Parra el cambio más

notable en el conjunto de sus manifestaciones de actividad espiritual, y que hizo que ocupara tan prominente lugar entre los sabios mexicanos.

Poco tiempo después, el maestro desapareció de entre los vivos para rendir el debido tributo a la madre tierra, y el discípulo recogió la herencia que aquel dejara y que era nada menos que la tarea de difundir el método positivo para acabar de realizar la transformación que en la patria mexicana habían comenzado los Juárez, los Lerdo, los Ocampo, los Ramírez y toda la pléyade de reformadores del principio de la segunda mitad de la décimanovena centuria. Dicha tarea era muy difícil de seguir, porque las nuevas teorías eran encarnizadamente combatidas por los prejuicios teológicos y metafísicos arraigados en la mayoría de los espíritus de aquella época, y el joven ya ungido con el magistral legado, tuvo en efecto que pasar un calvario de disputas, de diatribas, de burlas y de sarcasmos, que no poco contribuyó, seguramente, a que inteligencia tan viva como la suya, no alcanzara el éxito merecido desde el punto de vista social y pecuniario en la profesión de médico por él escogida.

Todo lo sufrió el nuevo maestro, y sustituyó en la cátedra porque la metafísica volvió a imperar, no abandonó la lucha sino que la transportó a otros campos, a la tribuna, al periódico, al folleto, al libro, hasta que nuevos tiempos lucieron, en que la teoría del método rigurosamente científico, volvió a la escuela para hacer que el maestro ingresara más tarde nuevamente a la cátedra tan amada por él. Ya antes había concluido su obra antes citada, con la cual pasa a la posteridad para no perderse más y en la cual descolló por dos grandes hechos: el haber colocado a la deducción en su verdadero puesto, después de la inducción, y el haber rehecho y completado la parte de metodología que Stuart Mill había comenzado con su "Lógica de las Ciencias Morales" y Alejandro Bain había continuado con su "Lógica de las Ciencias." No es este artículo lugar oportuno para discutir los méritos de la obra, pero sí podemos asegurar que ella da derecho al autor para ocupar un lugar distinguido entre los inmortales mexicanos.

Este ilustre sabio no quiso nunca abandonar la profesión médica en la cual debió brillar como astro de primera magnitud

de no haberlo impedido la inquina de los prejuicios antes citados, y en tal virtud, trató de ocupar y ocupó un sillón de la Academia Nacional de Medicina como miembro titular de ella. Sus trabajos reglamentarios se distinguieron siempre por el saber como médico y por el método lógico que en ellos dominó y, si su ausencia eterna es una gran pérdida para la ciencia, lo es también para la Corporación que veía en él a uno de sus más preclaros miembros.

He aquí a grandes rasgos el legado del hombre insigne que nos ha precedido en el camino del sepulcro. Su materia inmortal vibrará en el cosmos y formará conglomerados inorgánicos unos y orgánicos otros y quizá vaya a animar a algún otro intelectual privilegiado; su espíritu seguirá viviendo en sus obras; con ellas existirá en el de los que aprovechemos sus enseñanzas, y se transmitirá de generación en generación alcanzando así las palmas de la inmortalidad.

Lamentemos su pérdida por los frutos que todavía pudieran haberse cosechado de sus notables aptitudes, regocijémonos con la idea de su vida inmortal, y los que no podamos imitarlo, conformémonos con decirle como el poeta: *Vade, nos ordinae quo natura voluerit sequemur!*

SAMUEL GARCÍA.